

¿Y me atreveré á pedirles á vdes. el favor de que vayan á mi casa?.....

Yo espero, hermanas, que por caridad, me proporcionarán la ocasion de reparar una falta..... involuntaria.....

Se puso muy colorada, pero hicimos que no lo advertiamos, y le prometimos satisfacer sus deseos. Ni podiamos hacer otra cosa; es necesario que las hijas de San Vicente de Paul den ejemplo á los del mundo del olvido de las injurias.

Enséñame ahora, querida Carolina, ¿cómo hiciste para que dos palabras tuyas pudieran cambiar tan pronto y tan completamente á tu prima?

Confíame tu secreto, porque me puede ser muy útil, y mi agradecimiento igualará al cariño de quien mucho te quiere.

SOR TERESA.

CARTA XII.

Burdeos.

Hace ya muchos dias que he estado queriendo escribirte, querida Carolina, y lo he ido aplazando de dia en dia, porque deseaba darte buenas noticias de tu prima; tú comprenderás que no hablo de la salud de su cuerpo, sino de la del alma de esa pobre jóven que, como tantas otras, serviria á Dios de buena voluntad, si al mismo tiempo pudiera permanecer esclava del mundo. Con todo, me viene á ver seguido, me oye con gusto cuando le hablo de la necesidad de la salvacion, pero me dice que se le hace muy duro prescindir de los bailes y de los espectáculos, porque me confiesa, que ella en su interior está triste, que tiene necesidad de distracciones, y que privada de los goces de la maternidad, necesita hacerse ruido para no sentir demasiado el vacio de su corazon.

¡El vacío de su corazón! y tiene un marido que la ama tiernamente....! Ay, Carolina, cuánto temo que algún día él le pague en la misma moneda. Por ahora, él merece bien, bajo todos aspectos, el cariño de cualquiera mujer racional; por desgracia, tu prima tan viva, tan franca y tan sensible, tiene una imaginación loca que le pinta como bello todo lo que no es de ella, y la disgusta de cuantos bienes goza. Corriendo sin cesar tras una dicha quimérica, y encontrándose á cada paso con la triste realidad de la vida, se le hace pesada la existencia; y aunque es de un carácter natural, alegre y bueno, tiene ratos de ponerse triste, desabrida, insoportable á cuantas la rodean, que deploran en vano esa desigualdad de humor. ¡Ay! esa alma ardiente que pide á las criaturas una felicidad que no pueden darle, amaría ciertamente á Dios, y se decidiría á servirle con celo, si fuera posible hacerle comprender la dulzura de su yugo, y la belleza de su religión!

Lo he pensado mucho, y creo que el mejor medio de hacerle gustar de nuevo la moral del Evangelio, es probarle su suavidad y su hermosura con algunos ejemplos prácticos; así, procuraré inclinarla á que nos acompañe á la visita de algunos de nuestros pobres, que se encuentran dichosos en

medio de las privaciones más duras, porque son real y sinceramente cristianos; después la haré conocer á un ángel en forma humana, la Sra. Raffet, y en su casa aprenderá mejor que con palabras la sublimidad de una religión que, desde esta vida, recompensa nuestros sacrificios y nos hace hallar tantas dulzuras y consuelos en el servicio de Dios.

Te iré dando cuenta de mis tentativas, y de antemano quiero contarte el conmovedor accidente que me puso en relación con la Sra. Raffet, que habita una hermosa casa de campo en los alrededores de Burdeos.

Eso pasó muy pocos días después de mi llegada aquí, y no sé cómo no te lo he referido antes. No ha sido falta de deseos, porque casi no ha habido carta en que no me haya propuesto hacerlo, pero tengo tantas cosas que decirte, que es imposible hacerlas entrar todas á la vez.

Esto supuesto, entrémos en materia:

La madre de un pobre niño enfermo, había venido á suplicarnos que fuéramos á verlo. Nos dió las señas de su casa; pero por distracción, ó más bien por uno de esos designios de la Providencia que llaman casualidad, nos equivocamos, subimos hasta el piso indicado, y tocamos una puerta, que

nos abrió una mujer, que no era la que buscábamos.

Después de algunas explicaciones, nos disponíamos á bajar de nuevo la escalera, cuando unos tristes gemidos nos detuvieron en el descanso. Pusimos el oído y nos convencimos pronto de que eran en un cuarto que estaba enfrente.

¿Quién vive ahí? le preguntamos á la anciana que por cortesía nos acompañaba en la escalera.

No lo sé, hermanas, nos respondió: no trato á las vecinas, y además, esta pieza hace apenas ocho días que está ocupada.... Pero, esperen vdes., tal vez Señora Juana sí lo sabrá. Y se puso á llamarla inmediatamente con todas sus fuerzas.

Por fin, una voz gangosa respondió desde el piso inferior:

¿Qué se ofrece?

—Nada más que las hermanas desean saber quién vive en este cuarto, al lado del mio.

Vaya! no vale la pena de informarse..... ni siquiera las gracias me dió el otro día cuando le ofrecí mis servicios..... me parece tan miserable como orgullosa..... que ni se metan en verla..... ya les digo que no vale la pena.....

—Pero es que se oyen quejidos, le dijo su interlocutora.

— Ah! estónces es diferente, es necesario ver si le ha pasado algo.....»

— Y en unos cuantos brincos subió la escalera y estaba junto á nosotras. La compasion ocupó en su pecho el lugar de cualquier otro sentimiento, y se puso á repetir en todos los tonos.

«¡Pobrecita! está enferma, seguro. ¿Por qué no nos lo diría? la habríamos cuidado y velado. Yo habia dicho bien á mi hijo, que algo tenia ella: se le miraba muy triste y muy descolorida..... Y con todo, todavía se echaba de ver que es muy bonita....!»

Mientras tanto por más que tocábamos, no se abría la puerta, y los quejidos iban apagándose cada vez más.

«Es menester hacer algo, dijo Sor Victoria, esa infeliz niña tal vez se está muriendo, sin que haya quien la socorra: á ver si tiramos la puerta.

Por fortuna estaba tan vieja, y la cerradura en tan mal estado, que con unos golpes de Señora Juana, se consiguió abrir y entramos á la pieza. ¡Ay! qué espectáculo tan triste se presentó á nuestra vista!

Cerca de una mesita estaba caída en el suelo, y casi moribunda, una jóven y bella señorita; tenia cogido con sus dedos crispados un trabajo de bor-

dato, todavía sin concluir; un cabo de vela que aun humeaba, parecia indicar que esa pobre niña habia sido sorprendida por algun mal repentino que le habia impedido hasta el acostarse en una pobre zalea, que le servia de cama.

La levantamos, y á ruegos de Señora Juana, la pusimos en la misma cama de esa buena mujer, cuyas ponderaciones y muestras de dolor nos habian divertido mucho en otras circunstancias.

Despues de haber examinado bien la enferma, siempre sin conocimiento, le dió á oler Sor Victoria un poco de álcali, y despues echó unas cucharadas de caldo, cuyo efecto esperaba tomándole el pulso. Despues de unos cuantos minutos tomó alguna fuerza, y Sor Victoria exclamó contentísima: «Ya se salvó; se moria de pura hambre esta pobre niña.»

¡Ay, Carolinal! ¿lo creyeras? ¿te podrias figurar tanta miseria, que una pobre criatura, semejante á nosotros, se muera por falta de un pedazo de pan, que tantas veces rehusamos sin creer que le negamos la vida, y que la exponemos quizá á conservar la por medio de un crimen?

Me entregaba con el corazon hecho pedazos, á tan tristes reflexiones, cuando la enferma volvió en sí, abrió los ojos, y fijándolos en nosotras,

nos dijo enclavando las manos en ademan de súplica:
 ¡Ay! por amor de Dios, hermanas, no me abandonen vdes..... he sufrido mucho; y no tendria ya fuerza para exponerme por segunda vez á semejante suplicio, y..... me perderia..... si.... si..... La pobre Cecilia, colocada entre la deshonra y el hambre, dudaria tal vez..... Ay! compadézcanse de mí!..... el Señor las recompensará.....!

Esas pocas palabras, pronunciadas con una excitacion calenturienta, encerraban toda la historia de Cecilia. Hija única y muy querida de un cultivador rico, habia sido pretendida Cecilia, desde muy temprano, por diversas personas: pero dichosa con el amor de su padre, y sin otra clase de deseos, habia rehusado siempre cuantos partidos se le presentaron, y el anciano, por su parte, celoso del amor de su hija, habia aprobado esa resolucion: pues viuda á los pocos dias de nacida Cecilia, habia concentrado en ella todos sus afectos, se habia formado de ella su único amor, y contando demasiado con la pequeña fortuna que le reservaba para el porvenir, jamás habia podido resolverse á hacerle tomar un estado que, en caso de necesidad, le proveyese de los medios indispensables para la existencia. Además, Cecilia sabia bordar, cantar,

preparar la comida.... ¿qué le faltaba para ser una ama de casa completa? Y es tan hermosa, decía el pobre viejo en su imprevisión, que jamás se le dificultará lo que quiera.

La única cosa que el anciano olvidaba para tranquilizarse sobre el porvenir de su hija, era con todo lo más principal, pues era muy piadoso.

Acababa de cumplir 19 años cuando murió su padre. Entónces sucedió lo que él debía haber previsto en su vida. La jóven huérfana fué engañada por las personas á quienes habia dado su confianza, y se vió despojada en ménos de un año de todo su modesto patrimonio.

Cuando la pobrecita no contaba ya con más riquezas que su belleza y su virtud, no halló á su derredor sino frialdad é indiferencia, pues en el campo, lo mismo que en las ciudades, jamás es buscado el mérito si está acompañado de la indigencia.

Con todo, le llovieron consejos, porque esos no cuesta trabajo darlos, y entre ellos se decidió, aunque contra la opinión de su párroco, á seguir uno, que por su desgracia le pareció el mejor.

La dijeron que se fuera á alguna ciudad grande y que allí haria fortuna; estimulada por el deseo de alejarse de aquellos lugares que habian sido

testigos de su prosperidad y de su desgracia, abandonó su pueblo y tomó el camino de Burdeos, donde á pesar de un rudo trabajo, agotó muy pronto los escasos recursos que habia llevado: bordaba, pero tú sabes lo poco que deja esa tarea tan ingrata. Al cabo de dos meses, la hermosura de la infeliz niña la hizo encontrar un protector rico, que le ofrecia oro, placeres, y todas las superfluidades de la vida, sin pedirle en cambio más que el sacrificio de su virtud más querida. ella prefirió la miseria y la muerte á tan vergonzosa opulencia; y sin pan, ni dinero, vino á esconderse en el albergue en que la encontramos con la esperanza de no ser allí hallada por el hombre que la perseguia. Hacia dos dias que no comia, y que trabajaba sin descanso para concluir aquel bordado que debia proporcionarle unos cuantos sueldos, cuando vencida de la debilidad, cayó desmayada en el suelo, donde habria muerto, si el Señor, que vela sobre la inocencia, no nos hubiera enviado á socorrerla.

Tal fué la relacion que nos hizo la pobre Cecilia pocos dias despues de su entero restablecimiento. Tomamos algunos informes para saber el crédito que le podriamos dar, y nos convencimos de que era verdadera, y que solo habia ocultado por

modestia, algunas circunstancias que le hacian mucho honor.

Desde entónces, esa interesante jóven que hemos puesto, interinamente, en casa de su anciana vecina, tuvo todas nuestras simpatías, y nos pusimos de acuerdo con nuestra madre para proporcionarla un lugar en que estuviese al abrigo de todos los riesgos que le hacia correr su hermosura. La cosa no era tan sencilla; pero nuestra madre tuvo la feliz inspiracion de dirigirse á la Srita. Raffet, y de contarle la historia de Cecilia: como es tan caritativa esa respetable persona, inmediatamente le ofreció recibirla en su casa, aunque para disminuir el mérito de tan bella accion, añadió: que precisamente estaba necesitando una persona así, que pudiera dejar con confianza en su casa cuando ella saliera, y que le parecia que Cecilia era la que estaba deseando hacia tanto tiempo.

Pocos dias despues, llevamos Sor Victoria y yo á Cecilia á casa de su nueva protectora, que tenia yo mucha curiosidad de conocer: me habian hablado tanto de ella, me la habian elogiado tanto, que yo me habia formado una idea muy exagerada respecto de su físico, aunque muy inferior, en compensacion, por lo que toca á su moral. Figúrate, en efecto, mi desengaño, cuando fui mirando

un rostro, el más feo que he visto en mi vida, rostro en que las viruelas habian dejado una huella deplorable. No fui bastante dueña de mí misma para disimular la impresion que me causó; de modo que la Srita. Raffet pareció conmovirse, y aun una lágrima humedeció sus párpados: con todo, se sonrió; y esa sonrisa mágica dió tal expresion á su fisonomía, que comprendí que habia uno de acabar por acostumbrarse á una fealdad templada con *un no sé qué*, lleno de gracia, de talento, de finura y de benevolencia.

Le presentamos nosotras á Cecilia que estaba encantadora, y le agradó mucho. Despues, á nuestros ruegos, tuvo la bondad de enseñarnos su casa. No se ha reservado ella para su uso particular, más que dos cuartos y una salita tan chica como un locutorio de un convento. Ha convertido las mejores piezas en enfermerías, una para hombres y otra para mujeres: tiene cada una ocho camas: recibe indistintamente á cuantos habitantes de los campos vecinos vienen á implorar sus socorros. En el patio hay una gran sala que sirve de clase á las niñas; ella misma les dá sus lecciones, las instruye y les hace aprender el catecismo. Por la noche reúne allí á todas las jóvenes que han hecho ya su primera comunión, les enseña á coser, y para

estimular su ardor por el trabajo, recompensa sus adelantos con regalos útiles, proporcionados á su habilidad, su edad ó su gusto. Se empeña particularmente en sacar de sus discípulas, cristianas fervorosas é instruidas, y las prepara así á llegar á ser un dia excelentes madres de familia. No se pasa año alguno sin que dote, y haga que se case alguna, escogiéndola siempre entre las más pobres. Pero no se limita á eso su celo: todavía, á pesar de sus muchas ocupaciones, halla modo de visitar á los pobres, á los enfermos y á los afligidos de la aldea, á quienes socorre, consuela y dispone casi siempre á entrar en gracia con Dios: por esto su párroco, que es un varon muy santo y muy digno, la llama *su vicario*. Por imitacion, las hermanas, que todas la aprecian y la estiman, le dicen *Sor Raffet*, aunque por chiste agregan que ella se ha arrogado nuestros derechos, y usurpa nuestras funciones.

Nunca acabaria si quisiera contarte todas sus buenas obras: así, la iglesia estaba amenazando ruina, y ella la compuso; despues, una escuela para muchachos ha venido á completar los beneficios que hace á su pueblo. Ha tenido que luchar mucho tiempo para conseguirlo, pero por fin, hace ya cosa de un año que se han establecido por su em-

peño los hermanos de las escuelas cristianas, en un local vasto y cómodo, quienes la secundan admirablemente en el gran proyecto que ha formado de regenerar con el auxilio de la religion, una poblacion que era medio salvaje á su llegada.

Bien recompensada está de sus trabajos, con la veneracion y el amor que le profesan todos los vecinos de este rincon de tierra privilegiado; lo probaron bastante en una grave enfermedad que tuvo hace algunos meses. La desolacion era tal en todas estas buenas gentes, que hasta desatendieron su trabajo ó negocios particulares; despues celebraron su convalecencia, acudiendo en tropel á la iglesia para asistir á la misa de accion de gracias, que hicieron decir para dar gracias á Dios de haberles conservado á quien llaman su Providencia visible.

Ahora, si me preguntas, cómo puede hacer la Srita. Raffet tantas obras buenas, tan diferentes y tan multiplicadas, con una fortuna que no excede de \$15,000, te responderé que yo no lo sé; pero que la caridad tiene una destreza maravillosa para multiplicar sus recursos, y que existen entre Dios y ella secretos que escapan á la curiosidad vulgar.

Desde entónces, miétras más veo á la Srita.

Raffet, más la quiero y más la admiro: ha acabado de ganar mi afecto con la historia de los pesares y de los desengaños que le han hecho tomar la resolución de consagrar el resto de su existencia al alivio de sus semejantes, sin esperar otra recompensa más que Dios. Era necesario que tú la hubieses oído como yo, referir su vida, para que te formaras idea exacta de la sencillez, llena de encantos, con que descubre todo el fondo de su corazón, asilo de todas las virtudes.

Eso es mucho entusiasmo, me dirás tal vez; es verdad, á lo ménos, poco dista de él. Pero es una falta en que caen cuantos conocen á esa señorita; al grado de que los que tienen la dicha de vivir con ella en su intimidad, le cobran tanto afecto que no quieren dejarla nunca.

Así ha pasado con nuestra querida Cecilia; acaba de rehusar un matrimonio ventajoso por no separarse de su nueva amiga, quien por su parte está muy prendada de tan interesante y amable joven. En fin, para acabar, te confesaré que no sé cómo me he acostumbrado á la fealdad de la Srita. Raffet, que ya me agrada su figura, participando así de la opinion comun de cuantos la tratan. Explicame la causa de ese cambio. Yo creo haber hallado la razon; y es que no hay fealdad que no

pueda embellecer la virtud, así como no hay hermosura que el vicio no destruya. Imposible es que no estés de acuerdo conmigo. Adios, querida Carolina, la campana me llama para la lectura espiritual: la historia de la Srita. Raffet se quedará para otra ocasion; como es larga, tendré cuidado, para excitar tu curiosidad, de interrumpirla en los lugares más patéticos: ya te lo aviso, para que despues no te enojés con tu amiga

SOR TERESA.

CARTA XIII.

Burdeos.

Estoy tentada, querida Carolina, de renunciar á la conversion de tu prima: auxiliada por nuestra madre, he dicho cuanto he podido para sacarla de su indiferencia, pero todo ha sido trabajo perdido. Cuando la creo ya vencida, y que va á hacer lo